

CARLOS MATA INDURÁIN

GRISO-Universidad de Navarra

*Los dos poemas de don Luis (Quijote, I, 43)
y el tema de la navegación amorosa
en la poesía de Cervantes*

En Carlos Romero Muñoz (coord.), *Por sendas del «Quijote»
innumerable*, Madrid, Visor Libros, 2007, pp. 129-153.

La poesía de Cervantes es uno de los ámbitos de su producción que menos interés ha despertado tradicionalmente entre la crítica, aunque en las últimas décadas se ha acumulado cierto corpus bibliográfico sobre el tema¹. Y aunque la calidad alcanzada en este terreno no es, ciertamente, comparable con la de su prosa, no por ello deja de tener su interés. Cervantes, «el autor del *Quijote*», quiso ser —también— poeta: en numerosos pasajes de su obra dejó bien clara la alta estima en que tenía la «ciencia de la poesía»; pero no sólo reflexionó acerca de ella, sino que además la cultivó —por vocación, diríamos— desde sus años juveniles hasta prácticamente el final de sus días. Es más, podemos afirmar que la poesía de Cervantes constituye un buen muestrario de los principales temas y preocupaciones presentes en el conjunto de su obra: el amor, la mujer, el mundo pastoril, la guerra y las armas, la libertad, la amistad, la reflexión sobre la literatura, la alegoría y el simbolismo, temas circunstanciales, etc.

Su corpus poético lo forman tanto poesías líricas «sueltas» como piezas insertas en composiciones pertenecientes a otros géneros (narrativa y teatro). Ya en otras ocasiones he dedicado mi atención a algunos de los poemas incluidos en la prosa del *Quijote* y del *Persiles*². Ahora pretendo un acercamiento a los dos poemas cantados por don Luis en *Quijote*, I, 43, en el contexto de la historia intercalada de sus amores

¹ En la Bibliografía final he consignado los trabajos más interesantes sobre la poesía de Cervantes (ver, especialmente, los de Amorós, Blecua, Caso, Cernuda, Diego, Domínguez Caparrós, Fernández de la Torre, Florit, Galanes, Gallego Morell, Hens Pérez, Menéndez Pelayo, Porqueras Mayo, Rivers, Ruiz Pérez, Sánchez e Ynduráin).

² Además de los trabajos de Mata, ver también para las poesías insertas en la

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta a hacer la centinela del castillo, como lo había prometido.

Sucedió, pues, que faltando poco para venir el alba, llegó a los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó a que todas le prestasen atento oído, especialmente Dorotea, que despierta estaba, a cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza, y estando en esta confusión muy atentas, llegó a la puerta del aposento Cardenio, y dijo:

—Quién no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas que de tal manera canta, que encanta.

—Ya lo oímos, señor —respondió Dorotea.

Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto: (p. 500)⁶.

Se nos ha presentado a ese todavía anónimo cantor con la indicación de que es un «mozo de mulas» (después sabremos, por boca de Clara, que no lo es, sino que se trata de un mero disfraz) y como poseedor de una preciosa y privilegiada voz («una voz tan entonada y tan buena», «de tal manera canta, que encanta»). Esta irrupción de la canción rompiendo el silencio de la noche introduce un elemento de sorpresa: no sabemos todavía quién entona esa canción, pero, como certeramente apunta Canavaggio, «el misterio que envuelve al que la canta la hace conmovedora»⁷. En cualquier caso, todos los datos de la historia quedan aplazados para el siguiente capítulo. De hecho, el capítulo I, 43 comienza con el texto de la canción, lo que es una forma de darle relieve⁸. El poema dice así:

⁶ Todas las citas serán por *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, 2.^a ed. corregida, Barcelona, Instituto Cervantes-Editorial Crítica, 1998.

⁷ Canavaggio, *op. cit.*, p. 15.

⁸ Destacar el poema colocándolo al comienzo de capítulo es algo que hace

—Marinero soy de amor
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy una estrella
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vio Palinuro.
Yo no sé adónde me guía
y, así, navego confuso,
el alma a mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando más verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
será de mi muerte el punto (pp. 500-501).

Como podemos apreciar, el breve romance de don Luis⁹ (veinte versos de rima en *ú o*) desarrolla el motivo tópico de la nave de amores¹⁰. Este de la navegación amorosa es un tema caro a Cervantes, como luego veremos, con notables incidencias poéticas en *La Galatea* y el *Persiles*. El yo lírico, identificado con un *marinero de amor* desde el primer verso, nos habla de los riesgos que corre en medio de su navegación amorosa y afirma que no tiene esperanza de llegar a

⁹ El texto del poema es sencillo y no ofrece mayores dificultades. En el verso octavo encontramos una alusión culta que nos remite al mundo de la literatura clásica (la mención de Palinuro, el piloto de la nave de Eneas, que murió al caer al mar). Por lo demás, cabe destacar algún juego dilógico: en el verso 12, el alma está «cuidadosa y con descuido», es decir, ‘con preocupaciones amorosas’ y ‘despreocupada de sí misma’; y en el 18, ‘me apuro’ vale tanto ‘me consumo’ como ‘me purifico’.

¹⁰ Ver José María Alín, *El cancionero español de tipo tradicional*, Madrid, Taurus, 1968, pp. 237-43; y José Carlos Rovira, «“Fahent camins duptosos per la mar”

Clara, hija vuestra y señora mía, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mismo día ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco o como el marinero al norte (p. 517)¹².

Y a este propósito escribe Zimic:

Metáfora elocuente de esta precaria, intermitente relación a distancia es «el marinero de amor», como así se imagina don Luis, «siguiendo a una estrella», pero «navegando confuso», por las «nubes» que se la «encubren, cuando más verla procur[a]» [...]. Viaje «sin esperanza» segura «de llegar a puerto alguno» [...], en que sólo puede revelarse, separada, respectivamente, la excelencia del «marinero» y la extraordinaria hermosura de «la clara y luciente estrella», que lo inspira, alienta y orienta, tan dignos, tan merecedores de su anhelado encuentro¹³.

Pero ¿qué sucede en la habitación de la venta tras haberse escuchado el romance? ¿Cuáles son las reacciones de los huéspedes? Dorotea despierta a Clara para que no deje de oír «tan buena voz», «la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida» (p. 501), le dice. No se pondera, como sucede en otras ocasiones en que se intercalan en el *Quijote* composiciones poéticas, su calidad, sino la de la voz de quien canta¹⁴. Clara despierta pero, soñolienta todavía, no

¹² A propósito de esta glosa de su símil del romance, Canavaggio, *op. cit.*, p. 19 apunta: «Mientras doña Clara no hacía más que contar sus amores a Dorotea, sin encontrar salida al callejón en que se veía metida, don Luis se proyecta hacia el puerto que estaba buscando, hacía el único futuro que puede concebir, poniendo su salvación en manos de su interlocutor».

¹³ Zimic, *op. cit.*, p. 176.

¹⁴ Gaos, al anotar el pasaje en su edición del *Quijote* (vol. I, p. 840, nota 24), alude a esta circunstancia: «Esta broma [el juego de palabras con *punto ... punto* de los dos versos finales], la «pedantería» de *Palinuro*, y el escaso mérito de la composición podrían hacernos creer que Cervantes la estimaba poco. Pero el autor del *Quijote* presumía de poeta. Y como buen humorista, sabía burlarse de aquello mismo que, en el fondo, tomaba más seriamente. Quién sabe si al ponderar reiteradamente una tan buena voz, no pensaría más en el autor que en el intérprete». José María Blecua, «La poesía lírica de Cervantes», en *Sobre poesía de la Edad de*

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo,
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y, así, aunque con las más
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo (pp. 502-503).

Si en el romance apreciábamos un tono de afirmación personal, la oda¹⁵ constituye en su primera estrofa un apóstrofe del yo lírico a la esperanza, a la «Dulce esperanza mía»¹⁶; también aquí aparece aludida la muerte (en el verso 6), pero desde una perspectiva diferente: la muerte acecha, sí, pero si la esperanza del amante no desmaya, no hay nada que temer. Lo que viene a continuación (las tres estrofas siguientes) es una ponderación de la firmeza necesaria en el amor: el que se inclina a amar no debe entregarse a la pereza ni al ocio. Por el contrario, la dedicación amorosa exige esfuerzos costosos, «amorosas porfías» que «alcanzan imposibles cosas». El motivo temático que prevalece en este segundo poema es, por tanto, la idea del vencimiento de las dificultades a través de la constancia (la purificación a través del sufrimiento amoroso, pudiéramos decir con otras palabras). En efecto, el amor aquilata su verdadera calidad en la piedra de toque de los peligros que sufre el amante, en ese hacer frente con decisión a la fortuna contraria superando todo tipo de pruebas. En

¹⁵ «La presente composición es de las mejores que hizo Cervantes», opinaba Clemencín; *apud* Gaos, en su edición del *Quijote*, vol. I, p. 842, nota 79, quien añade que «Salvador Luis, cantor de capilla de Felipe II, puso música a esta canción en 1591, lo que prueba que su autor la había escrito con mucha anterioridad al *Quijote*». Los dos poemas de don Luis figuran como anónimos en el manuscrito 3.985 de la Biblioteca Nacional de Madrid, folio 142r-142v.

¹⁶ «De hecho, esta segunda canción, que ya no es romance, sino oda, no sólo

quier caso, más clara que las coincidencias léxicas es la coherencia temática de ambos poemas, que vienen a formar una especie de díptico amoroso. El primero nos habla de los peligros de la navegación amorosa que ponen al amante —cuando la luz de la estrella que le sirve de guía se oculta— al borde de la muerte. El segundo es un apóstrofe a la esperanza y una ponderación de la constancia en el amor: el enamorado debe seguir firme su camino hasta lograr alcanzar su meta; se constatan las dificultades y los obstáculos, pero se concluye que hay que enfrentarse a las adversidades del destino, porque el amor aquilata su calidad y su pureza precisamente en ese sufrimiento.

En este sentido, Zimic ha valorado positivamente los dos poemas de don Luis en relación con la sinceridad, la seriedad, la apasionada determinación y la valentía espiritual del muchacho, interpretando su marcha de casa en busca de su amada como «una impresionante prueba de amor, de una disposición incondicional para cualquier sacrificio por este amor»:

Es menester tener bien en cuenta todo esto también al enjuiciar los versos de don Luis. En algunos conceptos, imágenes, vocablos, ritmos y tonos revelan, sin duda, cierta «pedantería propia de un mozuelo que estudiaba a Virgilio, y acomodaba sus estudios a sus amores», pero, en definitiva, reflejan fielmente sus sentimientos, según lo confirma toda su conducta. Por ejemplo, al lector le resulta de seguro cómicamente pretenciosa la identificación de las andanzas tras doña Clara con la épica misión del piloto troyano Palinuro en pos de una sublime profecía, pero don Luis no la sugiere por adolescentes aspiraciones retóricas sino con firme convicción. Por esta absoluta sinceridad, lo imitado, convencional, socorrido de sus versos se convierte en vehículo pertinente, auténtico de sus emociones y aspiraciones, así como para la persecución de su ideal lo son las armas mohosas de sus antenados, a que don Quijote recurre con tan sincera ilusión. Algunos versos que pueden resultar contradictorios, irrelevantes o incomprensibles, al considerar la actitud favorable de doña Clara hacia don Luis, revelan interesantes dobles sentidos —¿intencionados?— al ser referidos a los obstáculos sociales a sus amores¹⁷.

cristiano matalotaje.
Y no teme el mal tempero
ni anegarse en el profundo,
porque en el mar deste mundo
es plático marinero.
Y ansí, mirando el aguja
divina, cual se requiere,
si el demonio a orza diere,
él dará al instante a puja.
Y llevando este concierto
con las ondas deste mar,
a la fin vendrá a parar
a seguro y dulce puerto,
donde sin áncoras ya
estará la nave en calma,
con la eternidad del alma
que nunca se acabará (p. 351)²⁰.

A veces se trata del mar proceloso de la corte, como en el primer terceto del soneto «Cual vemos del rosado y rico oriente», dedicado a Alonso de Barros por su *Filosofía cortesana moralizada*:

El que navega por el golfo insano
del mar de pretensiones, verá al punto
del cortesano laberinto el hilo (p. 357)²¹.

O bien del mar del temor, en el caso del primer terceto del soneto «Vuela mi estrecha y débil esperanza», declamado por Cardenio en la Jornada I de *La entretenida*:

Caerán mis atrevidos pensamientos,
del amoroso incendio derretidos,
en el mar del temor turbado y frío (p. 1064b)²².

²⁰ Cito por Miguel de Cervantes, *Poesías completas*, ed. de Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1981, vol. II.

²¹ También encontramos el mar de la privanza, en los vv. 22-24 de la «Epístola a Mateo Vázquez»: «y él se ve entre las ondas anegarse / del mar de la privanza, do procura / o por *fás* o por *nefas* levantase» (p. 339).

amenazador de borrascas y están rodeados de peligros por todas partes, algunos visibles, otros imprevisibles²⁵.

El mismo motivo lo encontramos desarrollado en varios sonetos de *La Galatea*. Consideremos, por ejemplo, éste que corresponde a Damón, en el que el motivo está localizado en su primer cuarteto:

Si el áspero furor del mar airado
por largo tiempo en su rigor durase,
mal se podría hallar quien entregase
su flaca nave al piélago alterado.

No permanece siempre en un estado
el bien ni el mal, que el uno y otro vase;
porque si huyese el bien y el mal quedase,
ya sería el mundo a confusión tornado.

La noche al día, y el calor al frío,
la flor al fruto van en seguimiento,
formando de contrarios igual tela.

La sujeción se cambia en señorío,
en placer el pesar, la gloria en viento,
chè per tal variar natura è bella (Libro V, pp. 480-81)²⁶.

Más interesante para nuestro objeto es el soneto de Erastro que comienza «Por ásperos caminos voy siguiendo». En esta ocasión es el primer terceto el que introduce la alegoría náutica tan grata a Cervantes, la de la vida (en particular la vida amorosa) como navegación: en medio de los peligros del mar, y puesto casi al borde de la muerte («morir me veo», v. 5), el yo lírico espera llegar a un puerto seguro de salvación, siendo su fe amorosa la luz que le guía, a modo de faro, en la oscuridad:

²⁵ Joaquín Casaldueiro, *Sentido y forma de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»*, 2.^a ed., Madrid, Gredos, 1975, pp. 46 y 49, creía ver concentrado en este soneto todo el sentido de la novela, de acuerdo con su interpretación alegórica del conjunto.

²⁶ Todas las citas de *La Galatea* corresponden a la edición de López Estrada y

Por ásperos caminos voy siguiendo
el fin dudoso de mi fantasía,
siempre en cerrada noche, oscura y fría
las fuerzas de la vida consumiendo.

Y, aunque morir me veo, no pretendo
salir un paso de la estrecha vía:
que, en fe de la alta fe sin igual mía,
mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fe es la luz que me señala el puerto
seguro a mi tormenta, y sola es ella
quien promete buen fin a mi viaje,

por más que el medio se me muestre incierto,
por más que el claro rayo de mi estrella
me encubra amor, y el Cielo más me ultraje (Libro V, p. 517).

Aquí el yo lírico, cuya voz corresponde a Erastro, pondera su voluntad de seguir amando, su constancia amorosa, pese a las dificultades que encuentra: caminos ásperos, noche cerrada, oscura y fría, falta de fuerzas, cercanía de la muerte. A pesar de todo, tiene fe para «mayores miedos contrastar» y seguir firme su difícil camino, calificado como «estrecha vía» (v. 6). El parecido temático —e incluso en algunos detalles textuales— con el segundo poema de don Luis es bastante acusado.

Igualmente, aparece el mismo motivo en el soneto de Timbrio «Tan bien fundada tengo la esperanza», del que canta inicialmente el primer cuarteto; pero se ve interrumpido por el abrazo de su amigo Silerio (p. 481) y el texto completo se retoma más adelante (p. 520). En esta ocasión es Timbrio quien pondera su constancia amorosa, su esperanza bien fundada, su firmeza en el amor: su sentimiento, afirma, no sufrirá ningún cambio, y antes se acabará su vida que su confianza. La piedra de toque para el pecho enamorado es el tormento, y él sigue constante pese a todos los peligros, simbolizados aquí en los monstruos marítimos Scila y Caribdis. Encontramos, pues, de nuevo la consideración del amor como una peligrosa nave-

- ALÍN, José María (1968). *El cancionero español de tipo tradicional*, Madrid, Taurus.
- ALLAIGRE, Claude y PELORSON Jean-Marc (1996). «Un poète à traduire: Cervantès. Remarques sur l'écriture de *La Galatée* et du *Persilès*», *La Licorne* (UFR Langues et Littératures, Poitiers), 39, pp. 9-38.
- AMORÓS, Andrés (1981). «Los poemas de *El Quijote*», en Manuel Criado de Val (dir.), *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, EDI-6, pp. 707-15.
- ARELLANO, Ignacio (1997-1998). «El género de los emblemas y el simbolismo visual en la obra de Cervantes», *Hispanística*, 5, pp. 39-48.
- (2004). «Elementos emblemáticos en la *Galatea* y el *Persiles*», *Bulletin of Spanish Studies*, 81, pp. 571-83.
- (2000). «Los emblemas en el *Quijote*», en Rafael Zafra y José Javier Azanza (eds.), Madrid, Akal, pp. 9-32.
- (1999). «Más sobre el lenguaje emblemático en el *Viaje del Parnaso* de Cervantes», *Lexis*, 23, 2, pp. 317-36.
- (1997). «Motivos emblemáticos en el teatro de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXVII, pp. 419-43.
- (1998). «Visiones y símbolos emblemáticos en la poesía de Cervantes», *Anales Cervantinos*, 34, pp. 169-212.
- BLECUA, José Manuel (1945). *El mar en la poesía española*, Madrid, Hispánica, 1945.
- (1970). «Garcilaso y Cervantes», en *Homenaje a Cervantes*, Madrid, Cuadernos de Ínsula, 1947, pp. 141-50. Reeditado en *Sobre poesía de la Edad de Oro (ensayos y notas eruditas)*, Madrid, Gredos, pp. 151-60.
- (1970). «La poesía lírica de Cervantes», en *Sobre poesía de la Edad de Oro (ensayos y notas eruditas)*, Madrid, Gredos, pp. 161-95 (véase Claube, Joseph M.).
- CANAVAGGIO, Jean (2005). «Los amores de don Luis y doña Clara: ¿Esbozo de novela o episodio integrado?», en Ana L. Baquero Escudero y Francisco Florit Durán (eds.), *El Quijote*, monográfico de *Monteagudo*, 3.^a época, núm. 10, pp. 13-27.

- (1949). *Sentido y forma del «Quijote» (1605-1615)*, Madrid, Ediciones Ínsula.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel (1983). «Cervantes, del Manierismo al Barroco», en *Homenaje a José Manuel Blecua*, Madrid, Gredos, pp. 141-50.
- CERNUDA, Luis (1964). «Cervantes poeta», en *Poesía y literatura II*, Barcelona, Seix Barral, pp. 43-57.
- CERVANTES, Miguel de (1987). *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Vicente Gaos, Madrid, Gredos, tres vols.
- (1998). *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, 2.^a ed. corregida, Barcelona, Instituto Cervantes-Editorial Crítica.
- (1999). *La Galatea*, ed. de Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, 2.^a ed., Madrid, Cátedra.
- (2002). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. de Carlos Romero Muñoz, 2.^a ed. revisada y puesta al día, Madrid, Cátedra.
- (1999). *Obras completas*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia.
- (1981). *Poesías completas*, ed. de Vicente Gaos, Madrid, Castalia, dos vols.
- CLAUDE, Joseph M. (1947). [=José Manuel Blecua], «La poesía lírica de Cervantes», en *Homenaje a Cervantes*, Madrid, Cuadernos de Ínsula, pp. 151-87.
- DIEGO, Gerardo (1948). «Cervantes y la poesía», *Revista de Filología Española*, XXXII, pp. 213-36.
- DÍEZ FERNÁNDEZ, J. Ignacio (1996). «Funciones de la poesía en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 14, pp. 93-112.
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José (2002). *Métrica de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- FERNÁNDEZ DE LA TORRE, José Luis (1984). «Cervantes, poeta de festejos y certámenes», *Anales Cervantinos*, XXII, pp. 9-41.
- (1987). «Historia y poesía: algunos ejemplos de lírica “pública” en Cervantes», *Edad de Oro*, VI, pp. 115-31.
- FLORIT, Eugenio (1968). «Algunos comentarios sobre la poesía de Cervantes», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV, pp. 262-75.

- PORQUERAS MAYO, Alberto (1990). «Cervantes y la teoría poética», en *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Alcalá de Henares, Anthropos, pp. 83-98.
- RIVERS, Elias L. (1981). «Cervantes y Garcilaso», en Manuel Criado de Val (dir.), *Cervantes: su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, EDI-6, pp. 963-68.
- ROVIRA, José Carlos (1992). «“Fahent camins duptosos per la mar” (Acerca del *topos* de la navegación de amor)», en *Homenaje a Zamora Vicente*, Madrid, Castalia, vol. III, tomo 2, pp. 311-23.
- RUIZ PÉREZ, Pedro (1997). «Contexto crítico de la poesía de Cervantes», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, XVII, 1, pp. 62-86.
- (1985). «El manierismo en la poesía de Cervantes», *Edad de Oro*, IV, 1985, pp. 165-77.
- SÁNCHEZ, Alberto (1974). *Cervantes, poeta*, Madrid, Publicaciones del Instituto Nacional de Bachillerato Cervantes.
- (1991). «Don Quijote, rapsoda del Romancero viejo», en James A. Parr (ed.), *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*, Newark, Juan de la Cuesta, pp. 241-62.
- (1998). «Historia y poesía: el mito de Píramo y Tisbe en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXXIV, pp. 9-22.
- TRABADO CABADO, José Manuel (2000). *Poética y pragmática del discurso lírico: el cancionero pastoril de «La Galatea»*, Madrid, CSIC-Instituto de la Lengua Española.
- TRAMBAIOLI, Marcella (1993). «La utilización de las funciones poéticas en *La Galatea*», *Anales Cervantinos*, XXXI, pp. 51-73.
- YNDURÁIN, Francisco (1985). «La poesía de Cervantes: aproximaciones», *Edad de Oro*, IV, pp. 211-35.
- ZIMIC, Stanislav (1998). «La “pared” entre doña Clara y don Luis (con una consideración de la hija de don Diego)», en *Los cuentos y las novelas del «Quijote»*, Madrid-Pamplona, Iberoamericana-Vervuert-Universidad de Navarra, pp. 175-85.